La Novela Corta

Jaime el conquistador

POR

5 cts. Manuel Bueno

Año II Madrid 24 de Febrero de 1917 Núm. 60

La Novela Corta

Fundador y Director: José de Urquía.

El próximo sábado, en **NUMERO EXTRAORDINARIO, La Novela Corta,** rendirá un homenaje a la inmortal memoria del popularísimo autor del **Juan José,** publicando una novela **original e inedita,** titulada

¡Quién fuera tú!

(Obra postuma)

escrita exclusivamente para esta revista por

Joaquín Dicenta

creador del **Juan José, Aurora, Los Bárbaros,** y otras obras que por su belleza y la intensidad de su credo redentor han hecho imperecedero su nombre en las letras españolas, tanto en la crónica, como en la novela y el teatro.

Jaime el Conquistador

Adaptación hecha expresamente para

A NOVELA CORTA

POR SU AUTOR

MANUEL BUENO

—

Mientras el médico auscultaba a la enferma, Rosario y Antonio, de pie a uno y otro lado de la cama, seguían con la mirada, turbia de emoción, el ir y venir de las manos del doctor sobre el flaco y nudoso cuerpo de doña Regina, pobre ensambladura de carne y espíritu que se preparaba a franquear el umbral de la eternidad.

—¿Y Jaime? ¿Por qué no viene?—preguntó de improviso la anciana, poniendo una mirada, que reconvenía e imploraba juntamente, en su hijo.

—Debe llegar hoy mismo, mamá. No se apure usted ni se mortifique, porque eso la hace daño...

Concluída la auscultación, el médico cogió a Antonio de un brazo y le arrastró amistosamente fuera de la alcoba.

—¿Caso perdido?—preguntó Antonio al doctor, ya en el gabinete.

—Si no perdido del todo, muy desesperado.

—Y a Jaime, ¿por qué no le avisas también?—añadió el doctor, recordando el acento de aflicción con que lo había reclamado doña Regina.

Antonio no supo qué contestar. Adrede había hecho lo posible por ignorar el paradero de su hermano, que si estaba unido a él por vínculos de sangre, le era por dentro, de alma a alma, tan extraño como un habitante de otro planeta. Aunque el requerimiento maternal le conmoviese y el reproche del médico le lastimara, ¿cómo olvidar de las ofensas que le había inferido Jaime en otro tiempo, que trajeron la ruptura de los dos hermanos: el matrimonio de Jaime con Trinidad, su breve y tumultuosa convivencia conyugal, la pasión de Jaime por Rosario; los celos de Trinidad, que la empujaron a la delación; la nervosa esquivez de Rosario, el impulsivo y frenético ardimiento

de él en acechar a su cuñada, la querella de los dos hermanos, precipitándose convulsos y homicidas el uno sobre el otro; la tragedia conjurada por la presencia casual de la madre, el adiós mudo, preñado de odio que los separó definitivamente, la melancolía de Rosario, al ver partir a su cuñado, los violentos reproches de Antonio a su esposa cuando los celos la enardecían y ofuscaban, la caída de Jaime, su expulsión del ejército, su destierro, privado ya de honor y de recursos, y, por último, el callado sufrir de doña Regina ante aquel drama que la fatalidad había desencadenado sobre su hogar...

¡Oh, qué siniestros recuerdos! ¡Y pensar que todo aquello había ocurrido en su casa, en silencio, casi a espaldas de la servidumbre, y sin que nada trascendiese a la calle!

Ya no volvió a tener noticias de él. ¿Dónde se había refugiado? ¿Qué hacía? ¿Qué camino había emprendido? Se expatrió, largándose del primer arranque a Sidi-Bel-Abbés, donde se alistó con nombre supuesto, el de Alfonso Díaz de Pacheco, en la legión extranjera. De allí pasó a las islas de Cabo Verde, ajustándose a servir como capataz en una gran cuenca carbonífera, y transcurrido un año, cayó inopinadamente en una república centroamericana, de esas en que las revoluciones son tan normales como las mareas, y a ciegas comprometióse en uno de los bandos adversarios. Obra de meses fué su ascenso al generalato; y como el ministro de la Guerra le confiara grandes sumas para adquirir cañones en Alemania y Francia, a Europa se vino, no tardando en disipar entre los brazos de las mujeres y en la fascinadora crápula de los garitos elegantes. En descubierto otra vez con la sociedad, y sin medios fáciles de rehabilitación, optó por quedarse en Europa, recobrando sus primitivos nombres y apellidos, regresó a España y vino a residir en un pueblecito de la costa cantábrica.

El azaroso peregrinar de Jaime no era un secreto para todo el mundo. Alguien lo conocía con todos sus dramáticos y pintorescos pormenores: Rosario. A partir del día en que se expatrió, deshonrado y solo, la mujer de Antonio tuvo frecuentes noticias de su cuñado. Eran cartas extensas y apasionadas, en las que se transparentaba siempre el orgulloso y heróico anhelo de vivir y morir en su recuerdo.

La primera carta puso en el ánimo de Rosario tal desasosiego, que estuvo a punto de alterar su salud. El recibirla tenía apariencias de complicidad, y el guardarla daba a entender consentimiento a la pasión de su cuñado. ¿Qué hacer? ¿poner las epístolas en manos de su marido? Optó prudentemente por guardarlas, sin leerlas. Tampoco le fué posible perseverar en esta ignorancia, pues una marea de curiosidad, de inquietud y de advertencia se lo ordenaron. Considerando que ningún riesgo había para su honestidad en la lectura de aquellas cartas, cuidóse con sigilo del texto de las que tenía atrasadas y sin

abrir, y desde entonces la paz de su alma se fué turbando poco a poco. ¿Qué decían las cartas? Su pergeño retórico era muy rudimentario y tosco; pero, ¡qué calor al expresar su adhesión a la mujer amada, qué nobleza en el sacrificio de no verla jamás, qué amargura tan varonil en la nostalgia de haberla perdido para siempre! Rosario, que era hermosa y frívola, no había tenido nunca el insidioso contagio de una pasión.

Diferían los caracteres y las aficiones de los dos hermanos tanto como desentonaban por lo físico el uno del otro. Antonio era recogido, taciturno, metódico, estudioso; mientras Jaime se singularizaba por su pereza, su intuitiva comprensión de las cosas, su arrebatada locuacidad, el desorden de su vivir y su temeraria intrepidez. Al morir su padre, empedernido militar que amaba con pasión la carrera de las armas, era Antonio aventajado alumno de la Escuela de Guerra, con el grado de primer teniente, sin que Jaime hubiera resuelto aún el rumbo que pensaba dar a su vida, ni el destino más honroso para su energía. La desventura común, en vez de aproximar a los dos hermanos, los apartó del todo. Decidieron, a pesar de su recíproco despego, mantener indivisa la hacienda mientras viviese la madre, hasta que el proceloso vivir de Jaime entre rameras y tahures, exigió que Antonio le llamara al orden sobre la excesiva largueza de sus gastos. Al primer disentimiento, motivado por estímulos de interés, siguieron otros que se originaban casi siempre en el desacuerdo de los caracteres, y por más que se aplicó doña Regina a mitigar el rigor de aquellas desavenencias, las reconciliaciones eran cada vez menos efusivas y francas. Y sobrevino la ruptura definitiva. Un día anunció Jaime que se iba a Cuba a la guerra, vendido como sustituto.

En Cuba desembarcó con buen pie.

Cuando embarcó para Cuba, era Jaime un hombretón cenceño de músculos, atlético a pesar de sus angulosas líneas; rubio, con temprana pelarela en lo alto de la cabeza; ojizarco, grande e imperiosa la nariz; crespo el bigote, que disimulaba la asimetría de la boca, y densas sus barbas pajizas abiertas en abanico. En la isla enflaqueció, lo que es de temer cuando se soporta el doble castigo de la alimentación tasada y el descanso regateado; pero su ánimo ganó en fortaleza lo que su cuerpo perdiera en carnes. Estuvo en los trances de guerra más apretados y en los pasos más arduos, siempre asistido de aquel arrojo ciego que le empujaba al peligro sin medirlo, y de aquel olvido de la muerte, que es privativo de los héroes. No salió ileso todas las veces de aquellas renovadas heridas. En Caibarién, una bala perdida le rompió dos costillas, y en tierras de Jibara, otra le hirió también gravemente. Dos meses después, mal repuesto y con una anemia profunda, embarcaba Jaime para España. Antes, al aborder la isla, era un aventurero sin nombre. Su regreso, con el grado de capitán y la laureada

por sus heroicas hazañas, su audacia, la reliquia de sus heridas, le autorizaba a sentirse ufano de aquel humillante pasado, redimido a fuerza de arrojo y de probidad militar.

Ni Antonio ni Rosario paraban mientes en el curso de su enfermedad; así es, que cuando él les notificó que se sentía curado y pronto a ingresar en filas, sus hermanos lo miraron con asombro. Reintegrado al servicio, su vida fué más alegre. En aquel inquieto y pródigo vivir, no le fué difícil contraer un amor, y se enamoró de la hermana de un camarada, compañero de armas que había regresado con él de Cuba. Trinidad.

La hermosura de la muchacha era frágil como su salud, cándida como su espíritu y poética como las madonas de Rosseti. El aire de ingenuidad y niñería que emanaba de ella, cohibía a Jaime cuando iba a hablarla de amor. Figurábasele que Trinidad le rechazaría entre pudorosa y soliviantada, como si él hubiera intentado violarla. Sus cabellos, de un rubio pálido y marchito; sus hondas y místicas ojeras; su irreprochable nariz y la gracia infantil de su boca, empalmando con un cuerpo espigado y esbelto, sin una curva de las que marean a los hombres, movían a recorder escenas de la vida conventual y ejercicios de piedad. A pesar de todo, no esquivó el amor de Jaime. Al contrario, se abrió a él sin disimulo, con desbordada alegría, con entrañable anhelo de ser poseída y dominada. En el alma del capitán rivalizaban el instinto de libertad, que siempre había hablado muy alto en él, y el impulso de labrar la ventura de aquella niña que tan sin reservas se le entregaba.

Casáronse Trinidad y Jaime, y aunque se convino que cada matrimonio viviera con plena independencia, Rosario y Antonio dieron en frecuentar tanto el hogar de aquéllos, que el rencor de Jaime contra su cuñada y la ojeriza con que miraba a su hermano, se disiparon. La cordialidad que ponía Rosario en sus relaciones con su mujer, desarmó por completo a Jaime, y desde lo íntimo de su corazón agradeció a su cuñada el tono fraternal con que procedía. Como se aproximaba el verano, los dos matrimonios diéronse a proyectar una temporada en la costa, sobre un plan de economía cómodo para todos, y tras de no escaso discutir, se convino en alquilar un hotelito entre San Juan de Luz y Guethary, finca que Antonio conocía, medio escondida en una cañada entre pinares y tamarindos, a corto trecho del mar. Muy entrado el mes de Junio, Rosario, doña Regina, Trinidad y Jaime, partieron de Madrid. Antonio se quedó en la Corte retenido por su deber de profesor de la Escuela de Guerra, hasta que concluyese el período de exámenes.

Apenas dejaron la Corte, empezó a resentirse la ventura de Trinidad. Sin llegar al despego con que se anuncian esos divorcios tácitos, frecuentes en los hogares, Jaime se enfriaba.

—¡Qué seco eres conmigo!—decíale ella en son de reproche algunas veces.

Casi todas las tardes iban Trinidad, Jaime y Rosario, carrera adelante, unas veces a San Juan de Luz y otras a Biarritz, y casi siempre volvían tristes los tres. A Jaime le aislaba por dentro su amor, a Trinidad la ponían melancólica y retraída sus sospechas, y de la muda tristeza de Rosario tenía la culpa el asedio de su cuñado.

Al regreso de aquellos paseos por la costa, un fogoso anhelo de morir inundaba el ánima de Trini. Morir en silencio, sin quejarse, en pleno abandono, para que el remordimiento de los culpables fuese más agudo y su dolor más tenaz. Entre tanto, Jaime pensaba con volcánica avidez en Rosario, en su rostro ambarino de criolla, en sus ojos pardos y ardientes, en el palmito de curvas mórbidas, airosas, felinas. La violenta fijeza de su deseo, parecía a veces transmitirse a Rosario. ¿Le amaba? Sin poner nada de su parte que alentase aquella pasión, dejábase querer, pronta siempre a reprimir cualquier licencia pecaminosa de Jaime con una mirada o con un gesto. Y, sin embargo, a su pesar le recordaba de día y de noche, con tal pertinacia, que algunas veces sus escrúpulos de mujer honesta y fiel se resentían y alarmaban.

De vuelta del veraneo, ya en Madrid, Jaime apretó el cerco a Rosario con indomable temeridad. La asediaba en casa, la espiaba y la seguía en la calle sin que le moderasen escrúpulos ni temores, y tan lejos llevó su imprudencia, que su madre se enteró de todo. Aquel amor no saciado le mortificaba y le dolía con morbosa terquedad.

A Trini la dió de lado definitivamente, sin que el doloroso aislamiento de su mujer resonara en su conciencia, ni como recriminación ni como tristeza piadosa. No amaba a Trini, ni sentía por ella más que el tibio afecto que se fragua en la costumbre de convivir.

Al fin, Antonio dióse por advertido de lo que pasaba. No fué menester de la delación anónima ni de la confidencia personal. Indicio tras indicio, se fué amasando en su alma el convencimiento de que su hermano perseguía a Rosario. La tenaz ausencia de Trini de la casa, que equivalía a una delación; la reserva melancólica de Rosario; su azoramiento cuando se veía frente a Jaime y la taciturna aspereza con que su hermano le trataba a él, bastaron para que se diera cuenta de lo que sucedía. La actitud de su mujer le dejó entrever que entre ella y Jaime no había ocurrido nada irreparable, y satisfecho de este descubrimiento, dispúsose a impedir que ocurriese en lo futuro. Al principio quiso explorar en el ánimo de Rosario; pero el paso le humillaba y lo desechó. Sería mejor proceder contra Jaime. Inopinadamente llegó éste una tarde a casa todo colérico y convulso.

—Vengo a hablar contigo...—dijo encarándose airadamente con su hermano.

—Estoy a tus órdenes...

—Hoy me he encontrado con que me trasladan a Canarias sin haberlo pedido... En el ministerio me han dicho que lo ha solicitado el general Parra; he ido a ver al general, y éste asegura que la gestión es obra tuya...

—Es verdad—repuso el otro con flema.—Te conviene alejarte una temporada de Madrid...

—Esa es una opinión que yo no tomaría en cuenta nunca; pero mucho menos ahora, que tratas de imponérmela con hechos...

—La cosa no tiene ya remedio...—contestó Antonio sin descomponerse.

—¿Cómo que nó? Yo te juro por mi honor que no saldré de Madrid...

—Podría ser; pero te aseguro que no pisarás los umbrales de esta casa—contestó Antonio poniéndose pálido.

—¿Puedo saber por qué?—se atrevió a preguntar Jaime.

—Porque eres un infame, un canalla, un ser depravado que deshonras el apellido que llevas y el uniforme que vistes... ¡Vete! ¡No quiero verte jamás delante de mí!...

. . . . . .

Muy temprano se echó a la calle, porque la casa de huéspedes no le retenía por ningún motivo.

Al llegar a casa de su hermano le dijeron que toda la familia, menos los niños, estaba en el funeral, y a la iglesia de la Concepción, que le indicaron, se dirigió sin darse prisa. ¿Entraría en el templo? Allí le acechaba un peligro; el de encontrarse con amigos de Antonio, compañeros de armas que de seguro le conocerían.

Jaime se apostó con quedas pisadas en la obscuridad del templo, y como viese un banco al hilo de la pared, se sentó. Entretanto, el funeral finalizaba. Se alejaron los tres sacerdotes, un monaguillo apagó los cirios que rodeaban el túmulo, y mientras los hombres del cortejo desfilaban, las mujeres, de rodillas, decían las últimas preces. Jaime, que al principio se creyó solo en el recinto en que se había refugiado, vió que poco a poco un bulto emergía de entre las sombras, a corta distancia de él. Era una mujer que rezaba en actitud contrita. Arrebujada en la mantilla se mantuvo casi inmóvil, como una estatua orante y ni una sola vez volvió el rostro para enterarse de quién estaba a su lado.

Jaime no fijó en ella la atención mucho tiempo, ni puso empeño en saber quién era aquella mujer que rehuía el confundirse con el núcleo femenino que asistía, de hinojos en la vecindad. Abiertas, de improviso, las puertas del templo, la luz del día inundó el interior; aquella mujer y aquel hombre se encontraron frente a frente. Eran Jaime y Trini. La emoción le estrió de movimiento.

Luego, ella se sentó en el banco más cercano, y las lágrimas fluyeron de sus ojos.

—¡No temas nada!—exclamó él con blando acento.—¡Ahora mismo me marcho!...

Trini, sin poder articular palabra, le hizo con la diestra mano un gesto denegativo, que él tradujo como una exhortación a que se alejase. Dócil, iba a salir, cuando ella, con voz angustiada, le retuvo.

—¡¡Jaime!!

El hombre, intrigado, se volvió, sin saber qué partido tomar. La otra, un poco repuesta de la emoción, se enjugaba las lágrimas con el pañuelo.

—¡Yo pidiendo a Dios por ti, y tú tan cerca! para que obra milagros su gracia divina!—expresó Trini ya más consolada.

—¡Buena falta hace que los haga en mi favor!—repuso Jaime.

—¡No dudes que él te ha traído!

Salieron en silencio del templo, y al poner los pies en la calle, Jaime echó de ver que toda la comitiva del funeral se había marchado.

—¡No te importe! En aquella casa no te tragan... Tampoco yo me trato con ellos. Cuando quería ver a tu madre, no iba nunca a casa... O nos encontrábamos en los Capuchinos, o aquí los viernes...

Aquellas palabras de Trini le sorprendieron.

—¿De modo que también tú estabas reñida con ellos?

—Reñida, no; estábamos «políticos». Yo no podía perdonarla, y ella no me quiso nunca... Somos muy distintas... El último día que fuí por allí, hace de esto dos años, fué para decirle a tu hermano que la pindonga de su mujer tenía la culpa de lo ocurrido... Así, clarito, se lo canté... Y tu madre me dió la razón...

—Mal hecho—expuso Jaime entre severo y cordial.

—Es decir, ¿que tampoco me reconoces el derecho de quejarme?—preguntó Trini parándose en firme.

Sus palabras eran tan justas y dolientes, que él se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

—Reconozco que tienes razón, hija mía; pero para bien de todos, creo que ciertas cosas deberían darse al olvido...

—Soy rencorosa y no sé perdonar... Y menos a ella...

Luego, tras un silencio, añadió:

—A ti, pase, porque siempre has sido un niño... Te han perdido las malas compañías...

Jaime se sintió conmovido. Aquel perdón otorgado inopinadamente, en medio de la calle, con frases que querían excusarle, alivió su conciencia.

—Te agradezco de corazón esas palabras. ¡Estaba tan necesitado de ellas! En mi destierro tú has sido mi único recuerdo, la causa constante de mis remordimientos...

—¿Me engañas? ¿Te sientes contrito de verdad, hijo?

ofendido a Dios? Y en la mirada de Trini se traslucía la ansiedad interior.

—De haberte ofendido a ti, de haberte hecho una desgraciada...

—¡No hablemos de mí, Jaime! ¿Qué importa mi vida? El abandono, las penas, las humillaciones, todo ha venido del cielo. Era la prueba que yo necesitaba... ¡Dios es justo siempre!...

Aquel prurito de aparecer culpable y castigada por la Providencia, produjo extrañeza en Jaime. La proyección mística del espíritu de su mujer, era para él un descubrimiento, sin el menor eco en su pasado conyugal.

No la había conocido nunca con aquellas vehemencias religiosas, ni tan despegada de sí misma. La novedad le desconcertó, porque en lo sucesivo no sabría cómo tratar a su mujer ni en qué actitud le convendría mantenerse cerca de ella para no disgustarla. ¿Cómo se las compondría para no desagradarla? ¿Era posible una indemnización sentimental? En l. primeras palabras de ella contra Rosario, había creído percibir una llamarada de despecho y un rescoldo de celos, indicios de amor humano. Lo que había venido después de un tono de renunciamiento y de una intención r giosa ajenos á la sensualidad, le desorientaba.

—Yo me había hecho la ilusión de que aún me querías—dijo en voz baja y con cierta timidez.

—Te quiero como a mi Cruz. Eres mi camino de salvación. Al verte he comprendido que Dios me reserva aún algunos trabajos, tal vez los más duros,,. ¡Bendita sea su voluntad!...

Jaime, atónito, la miró despacio, como para inferir de las mudanzas externas, materiales, aquella íntima transformación.

—¡No te conozco, hija mía!

—¡Sí; he cambiado mucho! Yo misma recuerdo haber sido de otro modo...

Iban andando juntos, a la descuidada.

—¿Dónde vives? ¿Estarás en alguna casa de huéspedes?

—Sí... hasta ver lo que es de mí...

—¿Y tú? ¿Con quién vives?—la preguntó respondiendo involuntariamente a aquel designio.

—Con mi hermano y mi cuñada. La herencia que dejó mamá, aunque corta, me permite hacerme la ilusión de que no dependo del todo de la caridad..:

—¿Y estás contenta?

—Ya conoces a Eduardo; es bueno como el pan. De ella no me atrevería a decir lo mismo... Pero, ¡Dios me perdone! ¿No empezaba a murmurar de mi hermana?... Eres el diablo tentador—añadió festivamente...

—¿Tienen hijos?

—Los vas a ver ahora, en el retiró. De ordinario los acompaño yo y juegan a mi lado. Hoy el funeral ha dispuesto las có-

sas de otro modo. Allá estarán, con Gumersinda, que por cierto no los puede aguantar... ¡Qué secas son algunas mujeres! Y no lo digo porque sean mis sobrinos; pero, la verdad por delante, son lindísimos. Adelardito, que es el primogénito, es un demonio; pero las niñas son dos angelitos.

La mayorcita, que es Carmen, tiene los ojos negros de su madre, y va a ser, como ella, una l. nbra de trapío. La otra, Milagritos, sale a nosotros; tiene la nariz y la boca de los Henestrosa, las cejas pobladitas y un aquel de dulzura en el habla, con su poquito de ceceo, que da ganas de comérsela viva... Yo la adoro; la adoro como si la hubiese llevado en mis entrañas... A ratos se me figura que por obra de la Providencia he tenido parte en ella, que es carne de mi carne y alma que ha sido mía. ¿Pues no ha sacado mis ojos? Así, como yo los tengo, claros, entre verdes y azules, así los luce el ángel mío... ¿Y el cariño que me tiene? No vayas a figurarte que es porque la mimo. Desde que estaba mamando, ya me seguía con la mirada así que me veía... Su madre empieza a sentirse celosa... ¿Qué le voy a hacer yo? ¿No te parece? Pienso en ella a todas horas, juego a la lotería en todos los sorteos, y lo que no me gasto en trapitos para la criatura, es para décimos... Quisiera que me tocase el premio gordo, para comprarla un palacio en San Sebastián y otro en la Puerta del Sol..., uno de verano y otro de invierno...

—¡Si vieras cómo me hace soñar esa niña! Se me representa ya crecida; primero, el día de la primera comunión, toda vestida de blanco, con un cirio en la mano derecha y recibiendo al Señor, en la postura de un ángel. Luego la veo el día de la boda, también de blanco, pero prendida de azahares, con las perlas enormes en las orejas y un brillante en el pecho del tamaño de una estrella... Y a su lado, el marido, un guapo mozo de treinta años, moreno, con bigote, peinado con la raya al medio, y de uniforme... Yo le quisiera general; pero como a esa edad es difícil ascender tan arriba en las armas, lo veo de maestrante de Zaragoza o de Calatrava, con muchas plumas en la cabeza y una capa blanca que se arrastra sobre la alfombra...

—¿Y tú? ¿Cómo te ves en todo eso?—preguntó él sonriendo.

—Yo, siempre en un rincón de la iglesia, de rodillas, dándole gracias a Dios por tanto bien...

—No eres ambiciosa.

Doblaron por la calle de Velázquez, y no tuvieron más que cruzar la de Alcalá, frente a la estatua de Espartero, para confrarse en el Retiro.

Torcieron, en silencio, por una calle de árboles en la dirección del parterre.

Jaime, absorto, pensaba en el porvenir. ¿Sería posible recomenzar la existencia? El contacto con su mujer le infundía unos anhelos de rehabilitación, que de ordinario estaban lejos de su ánimo. La inquietud del pan indispensable no le había asediado

nunca. Una fe orgullosa en sí mismo primero y en el azar después, le decía que él no estaba predestinado a morir de hambre. ¿Por qué no he de levantarme yo si otros más culpables se rehabilitaron? ¿Y si la noticia de sus aventuras de América habían cundido? Como si el pensamiento de su mujer y el suyo funcionasen paralelos, ella le preguntó de improviso:

—Di, Jaime; y en América ¿cómo te las componías?

—¡Pásmate! He sido hasta general. Cuando yo desembarqué en Costa Rica, dos bandos se disputaban la presidencia de la República. Yo, por instinto, por suerte, mejor dicho, me alisté en la facción que debía triunfar. Luego, el presidente de la República se interesó por mí...

—¡Pobre general! ¡Mal le he pagado el bien que me hizo!

—Alguna trastada tuya, como al lo viera, ¿verdad?—prorrumpió Trini con viveza.

¡La fatalidad! ¡Mi destino aciago! ¡La cochina providencia tal vez!

El ajado rostro de la mujer se animó como si todo su caudal de sangre afluyese a él de pronto.

—¿Qué has dicho, Jaime? ¿Tú sabes la barbaridad que se te acaba de escapar? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Perdona a este insensato! ¡No le castigues!

—¡Jaime! ¡Si en desquite del mal que me has hecho quisieras darme una prueba de tu cariño!...

Aquella súbita transición de dulzura en el acento, desconcertó a Jaime. Sus ojos se posaron en los de su mujer...

—¡Que vayas en seguida a confesarte! ¡Sí, Jaime, sí! Ya verás qué alivio sientes luego...

—¿Confesarme ahora, sin almorzar?

—¡Por lo que más quieras, no hagas befa de la confesión!...

—¡Si no me burlo, mujer!

—¿Vendrás conmigo?

—Contigo, o solo, como te parezca...

—¡Conmigo! ¡conmigo!

—Veo que no te fías de mi palabra—expresó él risueño.

—No es eso, Jaime. Es que quiero prepararte y acompañarte. La confesión no es juego de niños. ¡Y la tuya menos!

Llegaron en aquella sazón al parterre, que el sol de Mayo inundaba, y al bajar la escalera de piedra, Trini buscó con la mirada a sus sobrinos.

—¿Dónde se habrán metido esas criaturas?

—Ya los veo.

Carmencita y Milagritos estaban jugando a las cuatro esquinas con las niñas del marqués de Nanclares y las del bolsista Goizueta, que la querían con esa efusión fraternal que irrumpe en los años tempranos de la vida, antes de que el ejemplo, la vanidad y la costumbre enturbien la linfa de nuestro corazón y nos hagan egoístas, astutos y orgullosos.

Así que Milagritos reparó en su tía, corrió desolada a sus brazos.

—¿Te duele aquí, amor mío?

—¡Mírala qué linda y cómo me quiere! La hemos tenido a la muerte cinco o seis veces, y que se ha salvado, mejor dicho, la he salvado yo... Y eso que antes no tomaba más que leche... Ahora, siquiera, come...

Jaime guardó silencio, indiferente a aquel tema sentimental, primero, porque no le interesaban los niños, y después, porque sus inquietudes íntimas se sobreponían a todas las frivolidades del exterior. El imprevisto encuentro con su mujer, obra del acaso, lejos de despejar su situación, la complicaba aún más. ¿Qué actitud adoptaría con ella? La convivencia matrimonial parecíale una realidad irrisoria, que ella haría bien en rechazar si su marido diese en la humorada de proponerla. ¿Viviría solo, como en la emigración, campando a sus anchas? Por de pronto, le pareció lo más oportuno. Luego, andando el tiempo, vería si el trato con su mujer traía insensiblemente la reconciliación en el hogar. El punto era espinoso para tocado allí, aquel día.

—¿Dónde vives?—preguntó ella, viéndole taciturno...

—En una casa de huéspedes de la Plaza Mayor... He alquilado una alcoba y gabinete...

—¿Y de comer? ¿Dónde?

—Donde me pilla la hora. No tengo sitio fijo...

—¡Qué vida!—exclamó ella suspirando.

El no supo qué replicar. El asunto podía llevarles a quejas y recriminaciones, de las que él no intentaría siquiera defenderse. Así es, que la prudencia aconsejaba el silencio. Trini, presa de la misma preocupación, tampoco sabía qué decir. Proponer a Jaime reanudar la vida conyugal, sobre no ser decoroso para ella, la exponía a separarse de su sobrina, sacrificio equivalente a la amputación de un miembro indispensable para la salud. Lo más derecho sería procurar que su hermano Eduardo lo acogiese en casa, y así podrían estar todos juntos; pero había que renunciar de antemano al proyecto por prematuro, y luego porque tropezaría con la resistencia de su cuñada, la cual, sin saber por qué, sentía una antipatía instintiva hacia Jaime. La cuitada mujer se debatía como un insecto dentro de una botella, sin encontrar salida. El desamparo de su marido la inspiraba lástima. Sin sentir por él la pasión imperiosa de otro tiempo, lo quería con una ternura casi maternal, aliento del corazón que no enturbia los sentidos ni determina crisis de celos. Consideraba su regreso como un designio de la Providencia, que había referido a sus ruegos, y se creía en el compromiso de abrirle los brazos hospitalarios, no como al esposo descarriado, sino como al pecador contrito que busca el camino de su salvación. Una voz interior la decía: «¡ese alma puede ganar el cielo con tu ayuda!» ¿Cómo no había de sostenerle en la adversidad? Por

su lado, Trini prestábase a inmolar sin quejarse su dignidad de mujer abandonada, a poner el pasado en olvido y a convivir con Jaime si Dios lo exigía. Lo que no veía claro es el consentimiento de Irene a su plan. La flaca voluntad de su hermano Eduardo fluctuaba entre los caprichos de los niños y los deseos de su mujer, y sería en vano recomendarse a ella para resolver la situación favorablemente. ¿Qué hacer? Lo mejor es—pensó Trini—dejar las cosas en las manos de Dios, y que Él decida. Hilando cada uno de ellos en silencio su monólogo, emprendieron el regreso por la calle de Alfonso XII, cuyo festón de canijos arbolillos reverdecía tardíamente al conjuro de un sol casi estival.

—Como no pueden vivir de milagro más que los santos, ¿tú pensarás trabajar?

—Pondré los medios para ello...

—Yo creo que no debes hacer nada sin consultar con el padre Melchor. Lo primero, Jaime, una buena confesión. Así se te despeja la conciencia, y verás mejor lo que te conviene...

Trini, los niños y la sirviente subieron en el tranvía que iba a las Ventas, y Jaime se quedó al pie del arco de Carlos III, hasta que el coche se hubo perdido de vista. La voz del estómago, más imperiosa en él que la de la conciencia, le conminaba de modo tan urgente, que el hombre dejó toda cavilación en suspenso, encaminándose hacia la Puerta del Sol por calles excéntricas. Exploró sus bolsillos, y el arqueo le puso en cuidado. Disponía de 35 pesetas; pero como de aquella suma debía pagar a la patrona 16, de la semana, el saldo no daba grandes ensanches a su necesidad de vivir. Por otra parte, en el horizonte no se traslucía nada inmediato. Del valimiento social de la gente de sotana, se prometía Jaime algo. ¿Y el general Espina? Antes de requerir su apoyo, meditó. ¿Daría resultado? Era el general hombre de severos principios, a lo menos en lo militar, de rectilíneo criterio y de implacable firmeza de carácter. Jaime dudó de ser atendido por él. Sin embargo, como las circunstancias apremiaban, resolvió escribirle aquella misma tarde. Mientras bosquejaba fantásticamente la carta, vióse en la plaza del Angel, y en la misma embocadura de la calle de Carretas, Jaime recordó que en otro tiempo había en la calle de Barrionuevo una taberna con apariencias de restaurant, donde por poco dinero se lograba entrar en tratos con la carne. Entró.

En el interior de la taberna había bastante gente, y la simultaneidad de las voces y el vaho de la carne puesta en las parrillas, todo ello en un ambiente de dudosa luz, sugería una visión de vida primitiva; Jaime vió una mesita en el fondo y se apresuró a ocuparla. Sus ojos fiscalizaron en la vecindad de los comensales, y como no advirtiera ningún rostro conocido, se tranquilizó. Cerca de él había una mesa ocupada por tres personas, un hombre, una mujer y una niña de corta edad que se

movían y hablaban con aire familiar. La familia, en silencio, convergía los tenedores hacia una gran cazuela, de la que ya no quedaba más que el pebre adherido a las orillas. Jaime reparó varias veces en que el padre o jefe de aquella menuda tribu, ponía los ojos en él. Al pronto lo achacó a la casualidad, pero luego vió que aquellas miradas eran intencionadas. Como quien busca postura más cómoda, hizo un movimiento por eludir aquel fisgoneo, sentándose de espaldas a la familia, y ya se creía libre de riesgos, cuando oyó una voz a sus espaldas.

—¡Dispense usted, mi capitán! Soy yo, que al pronto no le conocía; luego he caído en quién es usted.

Jaime, conmovido, se volvió. Era la primera vez, después de su expulsión del ejército, que le daban tratamiento. De frente se las había con el sujeto que acompañaba a la mujer y a la niña, un hombrecillo que con la vivacidad de sus gestos parecía querer suplir lo menguado de su estatura.

—¿No me reconoce?—preguntó el otro atendiendo al gesto de extrañeza de Jaime.

—Al pronto, no.

—Soy Jiménez. Estuve a sus órdenes en cazadores de Llerena. ¿No me recuerda usted, mi capitán?—Y le clavaba los ojos como si mirándole avivase su memoria.

—¡Sí, hombre, ahora caigo!—expuso, por decir algo, sin dar en quién podía ser su interlocutor.

—Jiménez, ante todo, no me llames mi capitán.

—¿Es que ha ascendido usted?

—No; porque ya no pertenezco al ejército.

—¿Y usted, Jiménez? ¿Qué hace?

—Pues, verá usted; así que me licencié entré en el servicio del alcantarillado, que es de la villa. Me colocó un concejal republicano que le habla a una prima mía, estanquera de la calle del Humilladero. El trabajo era duro y la soldada corta. A los tres meses pillé un reúma que me tuvo baldado... Hasta que lo dejé... Luego me he ido defendiendo como he podido; hoy aquí y mañana allí, sin tener jamás el pan seguro. (Pausa.) Por mí no me quejaría; pero esas que ve usted son mi mujer y una de mis chiquillas. En casa hay tres más... No sé cómo voy a salir adelante con esa impedimenta, mi capitán.

—¿De modo que te casaste?—preguntó Jaime tuteándole fectuosamente.

—¡Qué le iba a hacer, mi capitán! A los pocos meses de poerme en relaciones con esa, me encontré con que pasaba lo que tenía que pasar; que empezó a ensanchar de cintura para abajo. Y por tapar aquello, yo que soy un caballero en cuanto me llaman a serlo, arreglé los papeles y ¡de frente! a la Vicaría...

—Y ahora, ¿cómo te ganas la vida?—preguntó Jaime.

—¿Ahora? De ninguna manera. Empeñando los cuatro trapos que trajo mi mujer cuando nos casamos. ¡Si viese usted, mi

capitán, la de ropa blanca que se ha quedado entre las uñas de esos bandidos de prestamistas!

—¿Y nadie te da la mano? ¿no esperas nada de nadie?

—Ayer me encontré al comandante Pardo en el Oriental y ha prometido colocarme de ujier, botones o no se qué, en un casinito que han fundado él y otros amigos en la calle Carretas.

—¡Hombre! ¡Pardo!—exclamó Jaime con un gesto de alegría—. ¿Qué hace? ¿Dónde se le puede ver? Hace años fuimos íntimos y me consta que siempre me ha defendido en mi ausencia.

—El comandante Pardo, tan simpático y tan caballero como siempre. Cuando me encuentra me pregunta por la familia y me da, quieras que no, un puro de quince. Está comido de usureros, y desde que se le fué la mujer con un viajante catalán, toma la tajada un día sí y el otro también... Si quiere usted verlo, vaya por la tarde al casinito de la calle de Carretas. Está aquello muy bien montado. Hay hasta divanes y un portero con calzón corto, que al abrir la mampara, le echa al visitante una peste a vinazo que marea... Dicen que ahora, cuando vengan los liberales, se jugará... Yo, de usted para mí, creo que ya se juega, porque al comandante Pardo le he visto con terno nuevo y va algunas noches en una manuela con gomas a la Bombilla...

—Si lo ves, dile que he preguntado por él—expuso Jaime levantándose luego de haber pagado su cuenta y el consumo de Jiménez y su parentela.

—¡Mi capitán, muchas gracias! Usted tan rumboso como siempre. ¿Tiene usted un pitillo, por casualidad?...

Al recibirlo Jiménez redobló las cortesías, ofreciendo de pasada su domicilio a Jaime, para lo que gustase mandar. Este se despidió con un apretón de manos de su antiguo subordinado y echó a andar lentamente hacia el centro de Madrid. Le urgía quedarse a solas para fijar un plan de conducta que despejase su situación...

Aunque no era Jaime hombre de ahogarse en poca ni en mucha agua, su penuria le inquietaba. Sus apretos no eran de los que soluciona la generosidad de un amigo con cinco duros. Quería asentar su vida en Madrid con alguna solidez sobre una base de trabajo permanente, y para sacar adelante aquel propósito, necesitaba tiempo y fondos de resistencia. Con lo primero podía contar. Lo segundo era ya más problemático. ¿De dónde sacaría yo dinero?, dióse a pensar con angustiosa perplejidad. Su memoria, puesta en tensión, evocó los nombres de algunos amigos que en otras épocas habían recurrido a su bolsillo: Joaquín Pareja, Serafín Roldán, Bonifacio Leiva y Luis Pastrana, camaradas suyos del casino, le debían cantidades que, juntas, podían sumarse hasta dos mil duros; pero, como eran deudas de juego, o mejor dicho, préstamos arriesgados frente al tapete verde a personas de muy endebles garantías,

dudó que por aquel lado le viniera el cable salvador. Sin renunciar a ese asidero, utilizable en hora oportuna, decidióse a tentar la suerte cerca del general Espina, tan bondadoso con él siempre.

Lo que no se le alcanzaba era la manera rápida de llegar a él. ¿Qué hacer? ¿Verle en su casa? ¿Escribirle? De estos dos caminos el primero ofrecía algunos obstáculos y lo desechó, resolviéndose a entablar la gestión por carta. «Mi respetable general—le decía sin atenerse a invocar el título de amigo—. Me encuentro en la calle sin recursos. Quiero trabajar para comer y mis ambiciones son cortas. A otro que no me hubiese dado las grandes pruebas de bondad que debo a usted, no me dirigiría. Sé que no merezco su recuerdo, ni acaso su respuesta, porque la vida lo ha dispuesto, desgraciadamente así; pero sé también que su corazón es grande y su voluntad pronta en favor del caído. ¿Puede usted hacer algo decorosamente por mí? Considere usted que no pido limosna, ni dádiva, sino trabajo. Y repito, mi general, lo que antes dije: mis ambiciones son cortas. Con el pan del día me basta. Atendido o desdeñado siempre le conservará gratitud su antiguo subordinado.—JAIME NAVARRO.»

Cerró el sobre y lo mandó por la posta. Luego, como nada le reclamaba en la calle, se tumbó en la cama. Su memoria recapitulaba los episodios que había vivido desde su llegada a Madrid; la muerte de su madre, su breve conversación con Rosario, la actitud de Antonio con él y el largo paseo que había dado con su mujer. ¿Mi mujer? Y al decirlo, el pronombre posesivo le sonaba como si no tuviera la menor relación con él. Todo aquello le era enteramente extraño, como si entre el pasado y su existencia presente, todo nexo se hubiese roto. La Rosario que acababa de ver, degradada por los años y las grasas, no era la que él había amado hasta el delirio. Hubieran podido convivir juntos en lugar deshabitado, impunemente, esto es, seguro de poner los ojos en ella, sin un asomo de deseo.

En Antonio pensaba con una total indiferencia, como se piensa al término de un viaje de un señor cualquiera que ha compartido nuestro coche entre dos estaciones. Disidente de él por carácter, educación y gustos, no le había querido nunca a fondo, con calor fraternal, como aman otros hombres a sus hermanos.

La entrada de su patrona, de puntillas en la alcoba, le sustrajo a la tiranía de aquellas incoherentes divagaciones.

—¿Qué pasa, doña Ramona?—preguntó incorporándose.

—Allí está una señora que quiere ver a usted...

—¿Una señora?—insistió él con extrañeza.

—Soy yo, Jaime.

La voz de su mujer, sonando en el pasillo, le hizo correr. ¡Qué casualidad!—pensó.

—¿Y qué te trae por aquí?—preguntó entre curioso y festivo...

—Pero, ¿es qué no me esperabas?—Y su mirada acusaba contrariedad.

—Sí, sí. Te esperaba; pero no tan pronto, vamos, así, tan de sopetón...

—Bien, bien; vamos a lo que importa.

—He visto al padre Melchor... Es menester que te confieses, pero como Dios manda. Porque si vas ha hacer una comedia, más vale que sigas llevando a cuestas el costal de tus culpas. Nada de sacrilegios, Jaime. Mira que el castigo del cielo habría de ser terrible...

Mira si te enmiendas, y el padre Melchor se convence de ello, te vendrán muchas cosas buenas. La primera, que con su ayuda, te colocarás en ocupación decente...

—¿Y qué más?—preguntó con franca curiosidad Jaime.

—¡Qué sé yo! ¡Muchas cosas buenas! Y quien sabe; hasta es posible que yo, quebrantando una promesa que hice ante Jesús Sacramentado cuando eras un pecador de marca, me decidiese a volver a tu lado...

Jaime al oir aquello, se incorporó bruscamente en la cama.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Volver a mi lado?

La posibilidad de la convivencia con Trini, por remota que fuese, le asustaba.

—He dicho—repitió la otra bajando los ojos y con voz queda—, que si te portas bien, me tendrás otra vez contigo, como en otros tiempos...

—Pero...—y Jaime no acertaba con las palabras precisas para oponerse a aquel propósito—pero, ¿tú sabes, hija mía, lo que estas diciendo? ¿Sabes a lo que te expones? Luego, como advirtiera la melancolía que su disimulada repulsa causaba en su mujer, añadió hipócritamente:—¡Vivir contigo! ¡Qué más quisiera yo! Yo no puedo olvidar que he pasado cerca de tí los mejores años de mi vida. ¡Si supieras cuántas veces te he echado de menos!

Ella, humillada, le escuchaba en silencio.

—Eso de vivir juntos lo considero yo una locura. Tu eres una santa y yo un perdulario. Tú eres la perfección y yo lo más vil, lo último de la calle. Te advierto, que al mostrarte como soy, lo hago por tu bien. ¡Vivir juntos! ¡No ibas a pasar mal calvario a mi lado!...

Tras unos minutos de callada reflexión, la mirada de Jaime, serenándose, anticipó su conformidad íntima con el deseo de su mujer,

—Bueno; iré mañana. Los malos tragos apurarlos pronto—dijo con tranquilo acento.

—¿De veras? ¿Me lo prometes?

—Si es menester jurarlo, te lo juro.

El calor de la esperanza dilató el alma de Trini. Muy fortalecida por dentro, levantóse con ademán de marcharse.

—¿Ya te vas?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo voy a salir también, porque tengo que ir al casino a ver si encuentro a un amigo que me debe unos duros desde el año de la nanita.

. . . . . .

Encendió un cigarro, y con perezoso andar puso el rumbo hacia el casino. ¿Cómo le recibiría Pastrana? ¿Estará en dinero?, pensó Jaime con alguna zozobra. «Si le ha ido en la vida como a mí, estoy lucido». Su primera sorpresa fué la de hallarse en el nuevo edificio del casino. Aquella mudanza de las cosas repercutió en su alma como un mal augurio. A pesar de su raído traje, subió imperturbable las escaleras de mármol. Ducho en el arte de esquivar evasivas, requirió al primer sirviente que halló en el vestíbulo en estos términos:

—Diga usted a don Luis Pastrana, que está abajo, esperándole. don Jaime Navarro...

En el salón de visitas esperó Jaime obra de diez minutos, con el ánimo en tensión por temor de que su amigo rehúyese el recibirle. Transcurrido aquel tiempo, abrióse la puerta y un hombre de elevada estatura, cuarentón, se adelantó con los brazos tendidos:

—¡Chico! ¡Qué sorpresa! ¿Cuándo has venido?...

Pagada la efusión de la acogida, Jaime contestó:

—Hace días... Cuando tuve noticias de la muerte de mi madre...

—¿Por mucho tiempo aquí?—reanudó Pastrana.

—Según como me vaya... Allá veremos...

—¿Tendrás algún plan?

—¿Yo? Ninguno, es decir, uno; vivir... ¡Luis! ¡Necesito de ti!—expuso el otro sin embages... Pastrana se inmutó. «Si me pide más de cincuenta duros me parte»—se dijo, *in pectore*.

—Conmigo cuentas siempre... Ya sabes que no somos amigos de ayer.

—Por eso he venido a ti antes que a nadie

—¿Claro es que ya te habrán dicho que me he casado?...—agregó Pastrana, poniendo mentalmente en línea de batalla sus argumentos defensivos...

—No sabía nada. Creí que hacías la misma vida que antes... ¿Tienes chicos?

—No. He recogido a mis dos sobrinos, los hijos de mi pobre hermano Pepe...

—¿Eso quiere decir que te has casado con mujer rica?

—Tanto como rica, no; me trajo cuatro terrones, unas casuchas que algo rentan y algún dinero...

—¿Puedes prestarme veinte billetes?...

Pastrana, mudo, pestañeó nerviosamente.

—¿Y cómo, mi querido Jaime? ¿De dónde los saco?... ¡Veinte billetes! No puedes figurarte lo que me contraría que en este momento...

—No te preocupe—añadió Jaime con fingida cordialidad—. Si no te es posible, nada... No se hable más de ello...

Pastrana se hurgaba con la diestra mano su encrespado bigote, meditando sobre las consecuencias probables de aquella evasiva. Su amigo, súbitamente serio, lo miraba con una frialdad preñada de amenazas. Medió entrambos un silencio en el que los pensamientos se interrogaban. El uno se sondaba en la fantasía buscando alegatos que excusaran una negativa, y el otro, aferrábase al propósito secreto de no salir de allí sin dinero.

—Yo creí que podría contar contigo... la verdad...—rompió a decir Jaime con un asomo de recriminación...

—Y has hecho bien en suponerlo... Yo soy para tí el de siempre... Lo que ocurre es que me pillas en un mal momento. Ayer le dejé a Joaquín Pareja treinta billetes que no eran míos... Era dinero de mi mujer... Prometió devolvérmelos el lunes... Veremos si cumple... Voy a hacer por tí un verdadero sacrificio. ¡Qué demonio! Los amigos son para las ocasiones...

Jaime permaneció mudo, atento a aquel alarde de largueza.

—Sí—continuó febrilmente—; voy a pedir en caja lo que me falta hasta diez billetes...

El fruncimiento de cejas de su interlocutor indicó a Pastrana que no iba bien por el camino de los regateos.

—Espérate, hombre. No he acabado... Te llevas ahora esos diez billetes, y Joaquín Pareja, para quien voy a darte dos letras, te entregará el resto... Conste que me los debe...

—¿Qué es de Pareja? ¿Dónde anda?...

—En Bellas Artes lo encontrarás esta noche, desde las diez hasta las cinco... Lleva la cuarta... Te advierto que tienen un partidón...

—Muy bien—repuso Jaime con indiferencia.

—Espérate un minuto. Bajo al instante...

A poco volvía Pastrana con el dinero en un sobre, que el otro se guardó con perezoso gesto en un bolsillo del pantalón. Luego se despidió de su amigo con muy sobrias muestras verbales de gratitud. Pastrana, ya tranquilo, lo acompañó hasta la puerta.

—No dejes de venir por aquí... Téame al corriente de tu vida...

Jaime asintió con una mueca de vaga aquiescencia, y perdióse entre la multitud que transitaba por la calle de Alcalá.

***

—¿Da vuecencia su permiso, mi general?—preguntó Jaime con cierta timidez entreabriendo la mampara que aislaba el despacho del salón.

—Pase usted, Navarro—exclamó Espina afablemente. Y se levantó para recibirle...

—¿Cómo se encuentra usted, mi general?

—Ya lo ve usted, hijo mío. Hecho una ruina...

—¿Y Lucía? ¿Tan guapa como antes?

—¿Mi hija? Está bien, gracias. La veo a menudo. Y como la mirada de Jaime delatase extrañeza, el general añadió:—Está casada y vive con su marido, aparte...

—Vamos, lo de siempre; que lo han dejado a usted solo.

—Solo, no. También yo me he vuelto a casar... ¡Qué quiere usted!—agregó festivamente—; la tontería es compatible con todas las edades...

Jaime supli ó con una sonrisa el comentario a aquellas palabras, que no se le ocurría.

—Vamos, ante todo, siéntese usted... ¿Y qué? ¿Por dónde ha andado usted? ¿Qué ha sido de su vida?...

—¡Mi general! ¿Qué podría yo contarle a usted que me excusara? Después del traspiés que dí, he vivido a salto de mata no se cuantos años...

—Pero... ¿bien? ¿Se ha divertido usted? Porque, amigo Navarro, la cuestión es pasarlo lo mejor posible en este mundo... En cuanto al otro, si lo hay, allá nos las den todas...

—A decir verdad, no lo he pasado mal... Soy hombre de buen conformar... Peor hubiera podido irme...

—Su carta de usted ha llegado con oportunidad—dijo, sentándose, mientras sacaba cigarros para él y su interlocutor, que lo rechazó con un gesto cortés.

—Muchas gracias mi general. No puede usted figurarse cuánto dudé antes de escribirla...,

—¿Por qué, hijo mío?

—No crea usted que yo soy lo que vulgarmente se llama «un fresco». Sé cuál es mi situación de inferioridad, mejor dicho, de infamia...

Y su rostro se inflamó al decirlo, como si la conciencia de su deshonor le encendiera la sangre.

—Le he llamado a usted para darle trabajo. A raíz de la pérdida de las colonias, se me discutió en la prensa y en el parlamento... Verdad es que fuimos discutidos todos los generales... Convenía inventar la patraña de que los militares teníamos la culpa de la catástrofe, y todo el mundo parecía dispuesto a creerlo... Me defendí primero en la prensa y en las Cortes después... Yo quería probar que mi mando en Filipinas fué una eta-

pa de honradez, ya que nó de abnegación... Reuní datos, acumulé documentos, requerí testimonios de personas que no podían faltarme, los ordené y los hice públicos. Del resultado no puedo quejarme; lo mismo la prensa que el parlamento me hicieron justicia. Pero, ¿qué quiere usted? no me quedé tranquilo del todo... Es menester que si la posteridad vuelve sobre aquel leito, sepa cuál fué el proceder del general Espina en la campaña de Filipinas. ¿Es preciso—me dije que las pruebas que legitiman mi conducta y dejan ileso de toda mancha mi nombre, circulen... ¿De qué modo? Pues escribiendo un libro. (Pausa). Y en ello estoy... Ahora bien, amigo Navarro: necesito de usted... Tengo una letra endemoniada... No hay cajista en el mundo que la lea... ¿Quiere usted ser mi amanuense?

—Yo seré lo que usted quiera y disponga, mi general.

—Le daré a usted lo que llevo escrito, y usted lo irá poniendo en limpio. ¿Le parece a usted bien?

—Admirable, mi general... No tiene usted por qué consultarme...

—Bueno; por ese trabajo, que le ocupará a usted unas tres horas del día...

—Las que sean precisas, mi general...

—... Por ese trabajo le daré a usted un duro diario... No puedo alargarme más, amigo Navarro; palabra... ¿Le parece a usted aceptable lo que le propongo?...

—No hay más que hablar... Acepto contento y agradecido...

Púsose de pie con ágil impulso muscular y alargándole la diestra mano:—De acuerdo ya, hasta mañana, amigo Navarro...—expuso Espina absolviéndose de otras cortesías.—Adiós, mi general... A sus órdenes en todo...

Al verse en el portal se detuvo un instante para liar un cigarrillo, punto de partida en él de toda reflexión. Estudiando estaba aquella perspectiva de orden económico que acababa de abrirle el campechano desprendimiento del general, cuando vió venir un coche del cual descollaba el busto de una dama. El carruaje paró frente al zaguán y la señora, de hermosa estampa y elegante aliño, por cierto, apeóse con garbo:

—Francisco—dijo encarándose con el cochero—esta noche, á las diez... Es turno segundo en el Real...

Se inclinó el cochero sin descuidar las riendas, dando a entender que el recordatorio era ocioso, y Jaime cruzó la mirada con la dama que entraba en el portal.

—¡Buena hembra!—pensó encendiendo el cigarro.

Y echó a andar calle abajo, por la de Serrano, con el ánimo tranquilo, depuesta a medias su hostilidad contra el sino aciago.

. . . . . .

De improviso oyó que alguien pronunciaba su nombre por detrás de él. Volverse y ver la faz monacal de Joaquín Pareja que leso arata hospitalaria y efusiva, fué todo uno.

—Estaba yo en la Cervecería Inglesa de la Carrera, cuando te he visto pasar... Tú me has mirado sin reconocerme...

—Es verdad...—repuso Jaime felicitándose por dentro de aquel encuentro.

—Sabía que estabas aquí por Luis... Es más; tengo que darte diez billetes... Llégate esta noche por Bellas Artes de madrugada y arreglaremos eso...

—No corre prisa... Ante todo, ¿cómo estás, Joaquín? ¿Te va bien? ¿Y tu gente?...

—Me defiendo, unas veces aquí y otras en provincias. Te juro que paso temporadas fatales... De pronto, sin que se sepa por qué, les da a los gobiernos un arrechucho de moralidad y viene un paro... En fin, que no se sale de vivir al día... Eso, en cuanto a los negocios... Tocante a la familia, un desastre; perdí a mi mujer hace dos años, de unas fiebres; mi hijo Antonio se enchuló con una corista de Eslava, y de la noche a la mañana se largó a América; y mi hija Vicenta, la que yo había educado en las Ursulinas, gastándome una fortuna en que aprendiera idiomas, piano y otras cosas, se ha metido a cupletista... Ahora está bailando en el Salón Regio de Cartagena... ¿Qué te parece?...

—¡Hombre! Qué ha de parecerme...

Era Joaquín Pareja un ejemplar de lo más decente entre el personal trashumante de los jugadores de oficio. Aunque estaba franqueando la linde de la vejez, conservábase apuesto y ágil. Traía el rostro rasurado totalmente, peinábase a la taurina y vestía traje obscuro, con sobriedad de buen gusto. Un ex ministro andaluz, que solía utilizarle en épocas electorales, tenía a Joaquín Pareja clandestinamente de su mano; lo recomendaba a ciertos gobernadores de provincia para que fueran indulgentes con él, y si el jugador daba algún traspiés ilegal, le sustraía a la acción de los tribunales.

—¿Y tú? ¿Por mucho tiempo aquí?—preguntó a Jaime su amigo.

—No pienso moverme de Madrid por ahora, a menos que me eche el hambre...

—No llegará eso; pierde cuidado...

—Si tú y otros amigos me ayudan, no...

—¿Qué te ha dicho Luis?

—Que su mujer es muy tacaña, que ha recogido a sus sobrinos, etc.; nada entre dos platos...

—¿No te ha hablado de negocios?

—Ni palabra.

—Ahora verás de lo que se trata, Luis Pastrana, diga lo que quiera él, está en dinero...

—Lo suponía...

—Su mujer le ha llevado una dote de más de un millón de pesetas... La cazó en Motril, según tengo entendido... Ella era

ya viuda dos veces... En fin; ello es que Luis, que se había ido a Granada por ferias a tallar unos burlotes, se vino con ese dineral.

—Tiene gracia...

—Hará obra de quince días, me llamó al Casino. Almorzamos juntos y se charló de largo. Vamos a abrir un círculo. Tenemos ya el local y junta... La presidencia está sin dar... Yo quería para presidente un político y Luis se empeña en que ha de ser un general... A ti, ¿qué te parece?...

—Acaso tenga razón Luis.

Un cabeceo muy expresivo de Joaquín Pareja tradujo su escepticismo.

—¿Y cómo se va a llamar el círculo?

—Sobre eso estamos ya de acuerdo: «España». Un círculo bien montado ¿eh? A todo lujo. Camareros de calzón corto, muebles ingleses; en una palabra: como en el Nuevo Club... Empezaremos con una fiesta de beneficencia, que ya se preparará... Daremos bonos de pan, garbanzos, carne... lo que haga falta. Luego organizaremos unas conferencias, invitando a los espadas de la política...

—Yo he pensado en ti, para la inspección de los recreos. Aunque al principio no se va a jugar allí más que al tresillo, claro es que acabaremos por salirnos con la nuestra. A los tres meses de abierto el círculo tendremos en casa lo mejor de la juventud elegante, jugándose las pestañas...

—No basta; porque los gastos de entretenimiento serán muy grande...

—No importa; abriremos la mano en la admisión de socios...

—¿Y crees tú que a Luis le parecerá bien que yo entre en eso?...

—Como si lo viera. No te lo ha propuesto porque no se ha acordado... Ya te lo dirá él mismo.

—Está bien; de mí podéis disponer... Prefiero eso a cualquier trabajo...

—Nos hace falta un hombre como tú, capaz de hacerse respetar... Ya sabes lo que son estos asuntos.

—Nada, nada. No hay más que hablar... Pero ya verás como Luis no cuenta conmigo... Lo he encontrado frío... No sé por qué...

—¡Bah! Yo le conozco. El que tú te pongas al frente de la sala va a parecerle de perlas. Ni buscado con candil encontraríamos un hombre de tus condiciones...

—¿Habéis calculado lo que puede dar eso?... Pareja, astuto, se cubrió en seguida.

—En los primeros tiempos ni aún para los gastos... Habrá que confiar a la gente... Un poco de propaganda... Ya me entiendes... No se arma una partida en ocho días...

—¿Sabes lo que se me ocurre?—apuntó Jaime tras un corto silencio.

—Tú dirás.

—Que debiérais darle la presidencia a un ex ministro. ¿Crees tú que no lo vais a encontrar? De la región que más os guste: andaluz, gallego, asturiano...

Algo más departieron entrambos amigos al hilo de aquel tema, sin disentir más que en pormenores accesorios. Luego pagó Joaquín Pareja y salieron juntos, separándose en la Puerta del Sol...

* * *

Más que rindiéndose a exigencias del buen tono, que siempre le habían sido indiferentes, Jaime renovó su indumentaria por la preocupación de que en casa del general había una mujer guapa y elegante. Presentóse al día siguiente en el domicilio de Espina. Un ayudante del general le guió al despacho que se le había dispuesto, y le aleccionó, muy someramente, de lo que debía hacer.

Los días pasaban monótonos para Jaime en la sosegada regularidad del trabajo. Algunas veces, de tarde en tarde, entraba el general en su despacho a informarse del curso de la labor; departían un rato de cosas diversas fumando un cigarro, y aquél se marchaba, no sin haber ponderado la importancia que iba a tener aquella obra desde el punto de vista histórico, y la expectación con que era aguardada por la gente.

El deber le retenía en la oficina cuatro horas. Luego se iba a almorzar en la casa de huéspedes que habitaba o en el Círculo de Bellas Artes, centro que frecuentaba a requerimiento afectuoso de Joaquín Pareja. De higos a brevas veía a Trini su mujer, que muy contrariada por el plantón que había dado su marido al padre Melchor, disimulaba su disgusto, acechando el instante propicio de remolcarlo ella misma hasta los pies del fraile.

. . . . . .

—¿Dónde quieres que comamos?—preguntó Pastrana posando campechanamente la diestra mano en uno de los hombros de su amigo.

—No tengo preferencia por ningún sitio. Donde gustes...

Bueno, ¿y qué hay de nuestro casino? Joaquín me ha anticipado algunas noticias...

—Hemos desistido del círculo en grande...

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Surgieron a última hora dificultades. El general que debía presidirlo ha muerto y no le encontramos sustituto. Habíamos

pensado en un diputado o senador que tuviera influencia y no damos con él.

—¿Y qué pensáis hacer ahora?

—Hemos fundado un casinito sin pretensiones. El sitio es inmejorable. Está en los altos del café de San Millán, en plena calle de Toledo.

—¿Y qué se va a poner?

—Por ahora «bacarrat» y monte... Veremos si más adelante nos dejan que ande la rueda... ¿Puedo contar contigo?

—Según; es asunto a tratar—repuso Jaime con naturalidad.

—¿En qué condiciones entro yo en el negocio?..

—Por de pronto tendrás diez duros diarios y un cinco por ciento... ¿Hace?—preguntó Pastrana con una sonrisa de envanecimiento...

—Yo no quisiera dejar por ahora la casa del general Espina—contestó Jaime—. No es por la ganancia, que no da para coche, sino porque ese hombre se ha portado bien conmigo, y el dejarlo plantado sería una marranada... ¿No lo ves tú así? Y al preguntárselo, Jaime pensaba menos en el general que en la generala. Aquella mujer le atraía poderosamente, y sólo por vivir en el mismo ambiente que ella, se hubiese resistido él a mejorar de posición. Su belleza tropical le recordaba a Rosario...

—No sé qué decirte. Sobre todo si el seguir al lado del general es para ti caso de conciencia—repuso con un dejo de ironía Pastrana—. Yo en tu lugar aceptaría...

—Verdad es—continuó Jaime, previendo la posibilidad de que el otro no insistiese—, que todo se puede arreglar... Yo me las compondré de manera que cumpla contigo sin desatender aquella obligación.

—Conmigo ya no tienes que hablar más de eso. Procura ver a Joaquín Pareja y dile que estamos de acuerdo.

—Convenido.

—¿Te vienes a la cuarta de Apolo?—invitó Jaime a su amigo.

—No, hijo, imposible. Ya no me está permitido trasnochar..., me costaría un disgusto con mi mujer...

Un simón pasaba en aquel momento. Luis Pastrana se precipitó en él.—¡Cochero! Serrano, 40. ¡Abur, Jaime!

—Adiós, Luis. Hasta mañana...

—No te olvides de ver a Joaquín Pareja.

—No. Descuida.

El vehículo partió, y Jaime, parado en la acera y con el habano humeante entre los labios, lo vió alejarse por la calle del Príncipe en dirección al barrio de Salamanca. Luego echó a andar perezosamente, saboreando el veguero, hacia el teatro.

Había transcurrido todo el mes de Marzo, y en ese tiempo el horizonte de la vida se abrió para Jaime henchido de doradas promesas. El casino funcionaba con intermitencias que solían

venir impuestas por el aviso de la policía, y las liquidaciones diarias iban en aumento. Al principio, la Junta directiva limitó mucho el acceso a la gente.

Se exigía que los aspirantes a socios fueran personas de cierto viso social: rentistas, abogados, médicos, ingenieros y comerciantes. Luego, como la clientela mostrábase lenta o rehacia en el venir, el Comité acordó abrir la mano, atenuando sus escrúpulos en la admisión.

Era, pues, la clientela, al mes de abierto el Círculo, un entrevero de seres en el que entraban hombres de honesta actuación moral y ejemplares humanos, a los cuales habría sido temerario el pedir antecedentes limpios y garantías de orden en el vivir. Al garito refluía lo peor de cada casa, y así se codeaban en torno de las mesas personas de muy diversa procedencia social; gentes de carrera a quienes divertía el juego y buscavidas del hampa flotante madrileña, que no le hacían ascos a nada con tal de que detrás de la tentación delincuente, estuviera el duro. La familia estudiantil no escatimaba su concurso al flamante Círculo, y en él se dejaban los futuros médicos, abogados, ingenieros y farmacéuticos de España, el dinero que venía destinado a sufragar el hospedaje, las matrículas y los libros.

Jaime distraía el tiempo disponible, descontando las pocas horas que destinaba al reposo, entre sus deberes cerca del general Espina, que seguía cumpliendo con escrupulosa puntualidad, y sus obligaciones dentro del Círculo.

A lo primero habría renunciado, sin el requerimiento de nadie, a partir de la noche en que concertó con Pastrana su puesto en la «Unión Ibérica»; pero como había emprendido cautelosamente la conquista de la generala y ella no parecía descontenta de aquel asedio, resolvió conllevar el peso de entrambas obligaciones hasta que el azar ordenase las cosas de otro modo. En casa de Espina se le atendía con más miramiento cada día, como si lentamente la familiaridad con que el general lo trataba, le hubiera ido rehabilitando por grados. Comía a menudo con el matrimonio y el comandante Dueñas, que o no había advertido la discreta corte que hacía Jaime a la dama, o aparentaba no enterarse de los preliminares de aquella aventura. Solía presidir la generala la mesa y a entrambos lados de ella tomaban asiento el ayudante y Jaime. Enfrente el general, sometido a régimen, los veía comer con sofrenada envidia, mientras él se servía con estóico gesto los alimentos elegidos y tasados por el médico. Los temas de la conversación dependían de las oscilaciones de la enfermedad de Espina y del humor de su mujer. Como si obedeciesen a un pacto tácito, los cónyuges no se dirigían la menor pregunta, sin que aquella mutua reserva les estorbara el intervenir en la charla general. Espina consideraba a su mujer como una extraña con la que se convive por obligación, pero a la cual no se está atado por niu-

gún vínculo sentimental. Teresa hacía una vida independiente, sin más trabas que las que ella misma, por el decoro social, se imponía. Los esposos no compartían ninguna forma de intimidad, y según el testimonio de la servidumbre, cuando se sentaban solos a la mesa, apenas se dirigían la palabra. Veíanse dos o tres veces al día, siempre a las horas de comer, y luego se ausentaban cada uno por su lado, ella a sus visitas y ociosidades mundanas, y él al Casino, donde solía jugar al tresillo con un grupo de amigos.

El Madrid que inventa y difama, comenta y murmura, ponía en el haber de la generala unas cuantas historias que deslustraban un poco su honestidad; pero Espina, o no las conocía o anonadaba con su desprecio a la protagonista. Y como por otra parte era hombre simpático con todo el mundo, la maledicencia no solía ensañarse con él.

Al entrar Jaime al servicio del general, no tardó en reparar en su mujer. La hermosura de Teresa le fascinó desde el primer instante.

Era como Rosario, morena, robusta y delicada a la vez, aunque un poco más alta que la mujer de Antonio, y en su rostro, de una blancura láctea, los ojos negros y grandes pasaban de la pasión a la melancolía en un minuto, como si respondiesen a rápidas y misteriosas transiciones de la vida interior.

Jaime, recluído en el mechinal en que trabajaba, tenía el pensamiento pendiente de ella. Teresa, por su parte, advertida y lisonjeada de aquel deslumbramiento del aventurero, lo estimulaba por todos los medios lícitos que usan las mujeres cuando se proponen enloquecer a un hombre. Miradas furtivas, sonrisas estudiadas, alardes de intimidad con él, aproximaciones a su persona con este o el otro pretexto, y siempre con aire de inocencia, contactos de los pies por debajo de la mesa; toda la esgrima femenina entró en juego en contra de Jaime que, desprevenido e indefenso, no supo o no quiso resistirla. Cuando era invitado a comer por el general, Jaime tenía que estar muy sobre sí para que su pasión no se trasluciese y para prevenir riesgos se abstenía, todo lo posible, de mirar a Teresa. Ella, más osada, le clavaba los ojos con fanfarrona malicia, indiferente a lo que pudiera pensar el general de aquellas coqueterías, y entonces Jaime, turbado, fingía una preocupación cualquiera para inhibirse de la conversación. Temía comprometerla, sobre todo en presencia del comandante Dueñas, el cual, por poco avisado que fuese, no podría menos de notar aquella comunicación visual que Teresa sostenía con Jaime.

Una tarde entró Jaime en casa del general y se metió en su despacho porque se le había recomendado urgencia en la corrección de unas pruebas. Jaime se puso a trabajar. Apuntaba el mes de Junio, y el calor estival se había anticipado. En la morada, medio en tinieblas, porque la servidumbre había toma-

do la precaución de echar las persianas y los cortinones para impedir los asaltos del sol, no se oía el más leve rumor de voces o de pasos. Todo el mundo sesteaba. Sentóse Jaime con intención de ponerse a la tarea; pero un insidioso emperezamiento le trababa la voluntad y los músculos. Había almorzado bien, sin moderación en la bebida. Sus párpados se cerraban. Sentíase enervado por el calor y presa de ese desmadejamiento físico que nos vence a menudo, en el curso de la digestión. Al fin optó por arrellenarse en uno de los desvencijados butacones de gutapercha que había en el cuarto, encendió un cigarro. Contra toda previsión, no tardó en ganarle una soñarrera, a la que no tuvo el valor de oponerse. Cautivo de aquella vida semiconsciente estaba, cuando creyó entrever una forma blanca, vaporoso fantasma que se ponía delante de él, y en sus oídos, tardos de percepción, sonó su nombre; tenuemente susurrado, como si el acento que lo modulaba viniera del misterio.

—¡Navarro! ¿Duerme usted?

Jaime abrió los ojos con sobresalto.

—¿Eh? ¿Quién es?—preguntó con un tono casi gutural, incorporándose.

—Soy yo, Navarro. Necesito de usted...

Era Teresa, que acababa de mostrarse a él cómo una aparición sobrenatural, como si emergiera de las sombras que poblaban el cuarto. Por un impulso instintivo, Jaime extendió los brazos, aprisionándola con nervuda violencia. Ella, quieta, sumisa, se dejó arrastrar sin proferir palabra. Fué una escena breve. En el silencio vespertino sólo se oía el rumor disonante de dos respiraciones: la una, sofocada, la otra, febril y jadeante. Luego, repuesta a medias ella, echó a correr hacia la puerta.

—¡Olvide usted lo que acaba de pasar!—le dijo desde el umbral con sigilosa voz, sin volverse apenas hacia él—. ¡Eso lo ha soñado usted!...

***

La holgura económica sanó a Jaime de apocamiento del ánimo, dudas y temores, suscitando en él como un regolfar de las pasiones juveniles. Todas las avideces de vivir y de gozar renacieron en su sensibilidad, largo tiempo entumecida por la pobreza y la subordinación a un trabajo mercenario. Se había despedido del general, después de cumplir con él, y conservaba trato clandestino con la generala, que solía visitarle periódicamente en la garzonera que abrió Jaime en la calle de Colmenares, apenas dispuso de recursos para instalarse con independencia. Eran aquellos amores episodios furtivos de una calentura sensual totalmente exenta de poesía, tránsitos de la degradación de dos seres que se unían para compartir un temblor de

la carne y un desmayo de la dignidad y se separaban con tedio; ella avergonzada, y él desainado. Entrambos experimentaban la exasperación del deseo, que era en Teresa un aspecto de la curiosidad lasciva, y en Jaime un síntoma de agotamiento medular.

El vivía a expensas del garito, contento de moverse en una atmósfera en la que la posesión del dinero suplía la falta de dignidad.

Aquella existencia nocharniega, convivida con gentes irregulares, le encantaba. Su temperamento plegábase a ella sin que le turbara el menor escrúpulo, como antes se había adaptado a la acción vagabunda y aventurera. A Trini apenas la veía. La presencia de la santa mujer hacíasele insoportable. En su casa la orden al criado era expresa: «Cuando venga la beata, dí que no estoy...»

Trini acabó por acecharlo a la puerta del círculo, con tal de verlo alguna vez. Con saberle en buen estado de salud, dábase la cuitada mujer por satisfecha. El la acogía reservado y hosco, poniendo pronto término a las entrevistas para ahorrarse el oír las cristianas admoniciones de ella. Trini, confusa y herida por dentro, no se explicaba aquellas brusquedades de su marido. Un día, lastimada por la conducta de Jaime, se atrevió a quejarse tímidamente.

—Ayer—dijo—fuí a tu casa. Pregunté por tí, y tu criado, que debe ser muy zafio, me negó que estuvieras, con modales muy groseros. ¡Jaime! ¿Cómo consientes que traten así a tu mujer? Me había acostumbrado a que no me quisieras. A lo que no puedo hacerme es a que me falten al respeto gentes que tú pagas...

El se excusó con frases templadas, pero, como ella, amparándose en aquella amabilidad insistiera en sus recriminaciones, Jaime perdió la paciencia y acabó por estallar.

—¿Quieres hacerme el pinturero favor de irte y dejarme en paz para siempre? Lo que necesites de mí, dinero, consejos, lo tendrás; pero desde lejos... ¿Quién te ha dicho a tí que porque seas mi mujer tienes derecho a amargarme la existencia?

Por toda respuesta, Trini desapareció en silencio, haciendo firme propósito de no interrumpir ya más la vida de su marido.

El círculo funcionaba con desahogo, y como no se ponía reparos en la admisión de la clientela, las ganancias iban en aumento. Rara era, sin embargo, la noche que transcurría apaciblemente en la sala de juego, y más de una vez la policía advirtió que, de menudear las disputas en torno del tapete, podría venir la clausura del casino. Entre los asiduos de la partida, predominaba la gente de humor sosegado, habituada a perder el dinero sin una protesta en voz alta; pero había también contertulios de levantisco temperamento, parásitos de garito a

quienes nada, fuera del hambre, asusta; seres prontos a sustraer un duro aun con riesgo de la vida y a defenderlo a costa del escándalo. Usábase con estos sujetos un criterio indulgente; se les consentía de cuando en cuando cobrar una apuesta fantástica y hasta se les miraba por temor a que comprometiesen con sus turbulencias y desafueros la normalidad de la partida, haciendo indispensable la intervención de la policía. A Jaime le repugnaban aquellas capitulaciones ante el baratismo al por menor, pero como la Junta directiva las autorizaba, él hacía como que no se enteraba de ellas. Aquel sistema de contemporanizar con la granujería se le antojaba humillante, odioso, y a la larga, funesto. Una tarde, llegó Jaime, como de costumbre, al círculo, a la hora del arqueo, operación a la que también solía asistir don Lorenzo Pérez Sanjurjo, presidente de la Sociedad. Estaban en el recuento del dinero y fichas y anotando las diferencias del día anterior en el libro de caja, cuando entró de improviso el inspector de recreos.

—¿Qué hay, Palma?—le interrumpió Jaime, al ver preocupación en su rostro.

—Nada—repuso éste, aparentando tranquilidad—. Que anoche, apenas se fué usted, se presentó Perico el Valenciano... Preguntó por el presidente y por usted...

—No lo conozco—expuso Jaime con sencillez.

—Ni yo tampoco—añadió Pérez Sanjurjo.

—¿Y qué quería?—insistió Jaime apilando las fichas según los tamaños.

—Dijo que venía por mil duros.

—¿Cómo? ¿A ver si los ganaba?—tornó a preguntar aquél...

—No; a llevárselos como fuera. Por la buena o por la mala... Es hombre que las gasta así.

—¿Supongo que no se le darían?—interrogó el presidente con escama.

—Naturalmente. Se le dijo que no estando ustedes en la casa, no se podía determinar nada. Entonces se sentó, hízose servir una cerveza y acabó por marcharse. Estuvo el hombre muy correcto...

—¡Menos mal!—enunció Sanjurjo.

—Pero prometió volver esta noche, cuando estuvieran ustedes.

—Bueno—concluyó Jaime sin alterarse,—pues, cuando venga, me avisas... El señor Sanjurjo no tiene por qué molestarse. Que se las entienda conmigo...

—¿Y quién es ese Perico el Valenciano?—preguntó don Lorenzo con leve zozobra.

—Un tipo que se las trae... Ha estado en presidio dos veces. Dicen que por «cargarse» a dos sujetos en Málaga... Por fuera parece un señorito. Va bien trajeado, tiene el habla fina y no se

desmanda nunca sin motivo... Cuando quiere, es hasta simpático...

—¡Bah! ¡Un guapo!—repuso Jaime. Ya saldremos de él...

—¡Ah! ¡Claro!—asintió Palma.

Los tres amigos permanecieron de sobremesa más de dos horas, cautivos de la poesía nocturna y de la paz de los campos, y retenidos por la satisfacción interior que experimentan las personas asociadas a un negocio saneado. Después, volvieron juntos a Madrid. Pastrana se fué a acostar y Jaime tomó la dirección del círculo de la calle de Toledo, no sin haber dejado antes a Joaquín Pareja en Bellas Artes.

Estaba la partida en plena animación, y había en torno de cada mesa tres hileras de puntos afanándose por jugar. Jaime se acercó a un grupo de amigos que estaban en un saloncito distante de la partida grande, charlando de asuntos ajenos al naipe y sus albures. No bien se había sentado, dispuesto a departir con ellos, cuando advirtió que Palma le hacía señas desde lejos.

—¿Qué ocurre?—preguntó Jaime con emperezada curiosidad.

—Ahí está ese—repuso Palma aproximándose.

Jaime tradujo su contrariedad con un ligero cabeceo.

—Bueno—acabó por decir con disgusto—dígale usted que venga...

Un hombre alto, huesudo, que se movía con elegante desembarazo, se le acercaba, a poco, sonriendo. Frisaría en los cincuenta años. Eran claros, gatunos, sus ojos, y llevaba el entrecano bigote recortado en las comisuras y a ras del labio. En lo exterior su facha era seria y decente.

—¡Don Jaime! Siento molestarle—expresó el recién venido alargándole la diestra mano que Navarro estrechó con tibieza.

—Usted dirá—repuso Jaime con sequedad...

—Perdone usted; pero la cosa no es para hablada delante de gente...

—Como usted quiera—replicó Jaime.

. . . . . .

A poco, Jaime reparó en que aquel hombre conversaba con don Lorenzo Pérez Sanjurjo, no ya con el comedimiento de modales que había usado antes, sino con agitados manoteos, que parecían amedrentar a su interlocutor, a inferirlo de su encongida actitud. Jaime, impaciente, sorbió un poco de coñac de la copa que acababan de servirle, y encaminándose con toda calma hacia el sitio en que conversaban el Valenciano y el presidente del Círculo. Por el momento contentóse con escucharles. ¿Qué dijo el Valenciano que pudiera desatar la cólera de Jaime? No se sabe. El mismo don Lorenzo no lo recuerda. De pronto

Jaime asió a aquel nombre por las solapas y lo arrastró hacia la puerta.

—¿Se va usted, o lo echo yo a puntapiés?...—gritó fuera de sí, yéndose a él.

—Eso habría que verlo. No es lo mismo hablar que hacer...

No había pronunciado la última palabra, cuando ya se le había ido Jaime encima. Confundidos y braceando, traspusieron los dos hombres el umbral, y juntos rodaron por la escalera. Nadie osaba acercarse. Entretanto, dentro estallaba el tumulto. Unos creían que el juez llegaba a sorprender la partida. Otros, los menos, tuvieron, aun en medio de aquella confusión, la clarividencia de que acababa de desenlazarse una tragedia allí, a pocos pasos. Abajo, en el rellano de la escalera, los dos hombres medían sus musculaturas y sus corajes.

—¡Cobarde!—bramó con voz ronca Jaime, viendo una navaja abierta en la diestra de su adversario.

Cuatro o cinco de los espectadores de la lucha se precipitaron a separarlos. La intervención era tardía. Jaime, tendido en el suelo, bocarriba sangraba copiosamente por el cuello. Tenía la yugular partida de un navajazo. La sangre escapábase meante a borbotones por la herida, regando las escaleras. Varios amigos quisieron restañarla, en vano. Transportado adentro, dudábase si poner a Jaime en un sofá o sobre una mesa, para facilitar la cura cuando llegase el médico de la Casa de Socorro, a quien ya se había avisado.

El herido respiraba estertorosamente, y de cuando en cuando gemía. Sus pupilas se dilataron con suprema angustia; de sus labios, ya exangües, se escapó un ronquido, y tras una lenta expansión torácica, definitivo esfuerzo por recoger el aire de la vida, expiró. El médico, que llegaba instantes después, sólo pudo certificar su muerte...

Por previsión de Sanjurjo fué avisada Trini. La pobre mujer se echó medio vestida a la calle, y como Eduardo estaba ausente de casa, requerido por el deber militar, hizo que Gumersinda la acompañase. Piadosamente se la había ocultado la extensión de la tragedia. Sabía únicamente, por la concisa carta de Sanjurjo, que a Jaime acababa de ocurrirle un contratiempo, y que urgía la presencia de Trini a su lado. Iba en el coche, consternada por los peores presentimientos. La sirviente, repuesta del enojo que la había producido el brusco madrugón, procuraba consolarla, con frases banales.

—No se aflija usted, señorita... Ya verá usted como no es nada...

Cuando se apearon frente al círculo, entraba un sacerdote, asistido de un monaguillo. En el zaguán no había nadie. Aquella coincidencia redobló la angustia de Trini, dejándola entrever toda su desventura. Subieron lentamente, pisando la sangre del muerto, ya licuada en la escalera. Entró el sacerdote, murmu-

rando latines y Perez Sanjurjo, que esperaba en el umbral, le guió hasta la sala de juego, donde yacía Jaime, tendido sobre la mesa. El monaguillo, atento a la novedad del escenario, curioseaba con los ojos, buscando la explicación del drama en las cosas exteriores que veía. Trini, vencida por el dolor, se arrodilló a los pies de la mesa, y asiendo con febril vehemencia una de las manos de Jaime, que pendían con la flojedad de lo inanimado, la besó con amor. Había roto el día. Por los abiertos balcones entraba la luz solar, a raudales, con explosión victoriosa, inundando el recinto, y abajo, en la calle, despuntaban las señales del despertar urbano, con todos los ruidos del latir social; las voces, el tránsito de gentes, el rodar de coches y carros.

—¡Jaime! ¡Pobre mío! ¡Amor mío! ¿Me oyes?—exclamaba con desolado acento Trini; ya de pie y con el rostro baciado en lágrimas pegado al de su marido—. ¡Jaime!

El sacerdote, enfrente, mudo de estupor, absolvió al muerto, trazando con la diestra en el aire el gesto del perdón...

Manuel Bueno

LA NOVELA TEATRAL

publicará MAÑANA DOMINGO, la comedia en dos actos, en prosa,

La Casa de Quirós

DE

CAR OS ARNICHES

10 céntimos.

Viena Repostería Capellanes

Exquisitas mantecadas; pan de gluten para diabéticos; jamón en dulce elaborado por procedimiento nuevo y exclusivo.—Cada 100 pesetas de compra en repostería, regalo de una cartilla de 5 pesetas de la Caja de Ahorros Postal. Pasteles, dulces, pastas y postres.
Mendizábal, 34-Arenal, 30-Preciados, 19-Martín de los Heros, 33 y 35-Marqués de Urquijo, 19 San Bernardo, 88-Alarcón,11- Génova, 25. Teléfonos: 1953-1937-1957-1905 y 1868.

GRAN FARMACIA
de la Viuda de G. López
PLAZA DE ISABEL II, 1

Acreditada especialmente en el despacho de recetas.

Advertencia

Esta Administración **no vende números sueltos**
Los lectores que tengan incompletas sus colecciones, diríjanse a nuestros Corresponsales.

No se olvide

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y el color naturales.
Se vende en las perfumerías y droguerías.

COMPAÑY
FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, Madrid

NUEVO ESTILO

Calle Fernando VI, núm. 15.

Muebles finos, Sólidos y Elegantes Especialidad en modelos para Despachos, Oficinas y Colegios.

MANTEQUERÍAS LEONESAS

Fábricas modelo: VILLAJER, (León.)

Depósito general: Nicolás María Rivero, núm. 8 y 10. - Madrid.

Comestibles y fiambres.

FABRICA DE CORBATAS

CAPELLANES, 12 - MADRID - Casa fundada en 1870

Camisas, guantes, pañuelos, géneros de punto.
Elegancia, surtido, economía
Precio fijo

Depilatorio VENUS En perfumerías y droguerías **Frasco: 5 pesetas.**

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

Concesionario
LEÓN ORNSTEIN

Mariana Pineda, 5
MADRID

Imprenta y Talleres de «La Novela Gráfica», Antonio Palomino, 1.—Madrid.